

ORLANDO ROSSARDI¹

*Me acerco, como puedo, a ese Dios de siempre y nuevo
que retoña solo, a ese Dios de las totalidades silentes.*

ODÓN BETANZOS PALACIOS

Poesía

Para Rolando Morelli

Poesía es poco. Como yo, y soy yo con ella misma.
El mundo la conforma y la despierta como a mí
al alma de ese otro de por dentro.

La cabalgo y ella se agiganta en el galope.

Ella es nada y quiere serlo todo.
Yo no la comprendo como a mí tampoco.
Solo ella a mí me entiende.
Me envía señas que no logro descifrar y quedan presas,
luego, lejos, ausentes, tan cercanas a otras cosas
que me rondan y dan rienda.

Ella —como yo— no me sirve a mí de nada.
Yo le sirvo a ella de muy poco.
Somos, a la vez, dos a la sombra.

¹ ANLE, ASALE. Ha sido profesor en universidades en New Hampshire, California, Texas, Wisconsin y Florida. Es autor de una amplia y difundida obra literaria en materia de ensayo, teatro, cuento y poesía. Su última publicación es *Fundación del centro* (Valencia, 2011). <http://www.anle.us/239/Orlando-Rossardi.html>, <http://www.rossardi.com/>. Estos poemas forman parte de la obra *Totalidad* de próxima publicación.

Le grito al pasar: —¡Inútil!, y a mí ella:
—Lo eres tú, poeta sin destino.
La hurgo por arriba y por abajo. Le miro el muslo suelto,
le palpo el sexo grande y fuerte como un roble,
le toco con mis manos y acaricio el torso.

Luego ella, como errante, se estira en el papel
y salta afuera como un orgasmo: Poesía como yo,
sin puente, sin camino, sin rumbo cierto,
flotadora en la marea del alma de las cosas.

Permanencia

Para Pilar, en su recuerdo de ella

Salta el claror de la casa por las esquinas.
La tarde empieza su eterna fundación de siempre,
a lo ancho y largo del pasillo, entre las mesas
[y las sillas,
larga, suelta, descorrida por el patio,
alada por la extensa plenitud del centro,
también por el papel donde trazo mi poema.

Y vuela —breve como un suspiro—
tu nombre entre las cosas.

Nombrarte es verte allí de nuevo.
Saberte cierta, nuevamente, entre mis dedos,
coger tu luz, fugarte, arderme,
echarte a retozar por el camino,
y hacer de ti la eternidad entera.
Nombro el nombre de ese todo que ya eres,
el nombre que me abriga.
Digo tú, y se desploma como Dios el desconsuelo.

Me hundo en esa luz que te descorre,
que se cuela azul y grana en los cristales,

se diluye entre caricias en la tarde
 que ya formas y encandilas,
 que me abraza y resucita por puertas y ventanas,
 que te escala en las paredes
 y salta al ciego perfil de tu retrato,
 que entre albricias me fulmina
 y queda luego,
 con tu risa y con la mía, dócilmente,
 dando voces y carreras por mi estrofa.

El poema

Lo lleva todo en su regazo, se cuela sin pedir permiso,
 se yergue, temple y se acomoda en vuelcos y en revuelcos,
 en su marcha de a uno en fondo, en el canto de los grillos:
 el grito, el llanto, el cielo, el monte, el mar por
 [sus estelas,
 en las huellas que dejan las cosas camino a la memoria.

Por él tú eres el tú que hoy eres y el que serás mañana,
 el que brilla igual que tú cuando vuelves al espejo tu
 [sonrisa,
 al que llaman de una forma que eres tú multiplicado.
 En él —en el poema— no viven más las vidas que las
 [muertes,
 o cuenta más la sombra que la luz del día o de la estrella.

Es él, como yo mismo, mi sombra acorralada que me
 [sigue
 a todas partes, mi cuerpo erguido o de costado, de frente
 y de perfil, el pie derecho y el pie izquierdo, mi frente
 [ajada,
 mis manos alargadas por sus dedos apretando de A a la Z,
 con lápices y teclas el nombre que hoy te suelta al mundo.

Beso soñado

Y que al mundo, como presa, sueltes llena tu carrera,
que me surjas por la frente como espacio penetrante
y que a puerto llegues con tu labio y con el mío amante;
tú conmigo, luego el trecho que culmina en ansia entera.

Tus ojos en los míos, espacio en lumbre que nos cunde
y queda para arder profundo, entero, bien adentro;
como eterno, lo alto fulminando a renacer del centro
de ese todo aquel aquello que es ya fuego que nos funde.

Mi amor fiero con tu amor amante, la ola con la roca
que al chocar en alma se convierte, pone, y se resuelve
en el don total, sonante y reluciente de tu boca.

El mejor aquí con su comienzo para un ser sin dueño,
el más acuciante abrazo que en la sombra nos abraza;
beso que al fin, en su horizonte, nos tramita el sueño.



© GPR.